

## **UN AÑO CON BEMOLES (27 de octubre de 1977-27/10/78) De Córdoba a Devoto**

Llegué a la UP1 de Córdoba, procedente de la Ribera y antes de la comisaría de Villa María(Cba),la madrugada del 27 de octubre, día "marcado",para mí, ya que exactamente un año después nos trasladaron a Devoto y el 27/10/80 me otorgaron la libertad vigilada.

El Campo de la Ribera era, en ese momento, lugar de interrogatorios y no de torturas como lo había sido antes. Los interrogadores advertían que si era necesario aplicar "tratamientos especiales" (sic), nos llevarían a otro lugar, que era la Perla. A la Ribera se la conocía como "La escuela" a la Perla como "la Universidad".Qué ironía, hoy La Ribera ES una escuela estatal, en cuyo patio los chicos juegan rodeados por el mismo muro de entonces, coronado en una esquina por la garita del guardia...Manera atroz, a mi juicio, de blanquear la memoria, anularla con las risas de los chicos...aunque se sienten a aprender qué es la democracia, la justicia, la paz, los derechos humanos en el mismo lugar en que cientos de prisioneros fueron torturados, y en el año '76,hubo también muertos

.Permanecí allí desde el 6 de octubre al 27 de ese mes, en la llamada cuadra de las mujeres, donde a mi llegada había tres compañeras a las que, la semana siguiente se agregó otra compañera a quien habían llevado a La Perla. Estábamos vendadas todo el tiempo, a veces después del cambio de guardia matutino nos hacían hacer ejercicios violentos en medio de gritos y órdenes. La comida era pésima y escasa, y una vez trajeron una especie de colchón de arvejas que tenía más sal gruesa que arvejas, que nos hicieron comer en medio de carcajadas y burlas. Al costado izquierdo de la cuadra de mujeres, estaba la de hombres. Cuando el ambiente estaba tranquilo, la compañera que tenía a su marido en la otra cuadra, nos pedía ayuda y montábamos un "operativo de vigilancia" para que pudieran comunicarse con el lenguaje de señas.

Una noche, al cambio de guardia, oímos que los guardias contaban y recontaban platos, jarros y cubiertos (tenedor y cuchara) que había movimientos y corridas de los gendarmes, que eran los que nos custodiaban. Finalmente, entre lo que oímos y lo que le dijo su marido a nuestra compañera, pudimos saber que en un pequeño lugar, a mano derecha, llamado la carbonera, había muerto un compañero traído de La Perla del que el único dato es que le decían el Viejo. Era mayor y de zona rural, los compañeros no sabían más.

No nos dejaban hablar, pero como dentro de la cuadra había una puerta a los baños (tres duchas y tres letrinas, así como dos lavamanos) nos íbamos allí a charlar. La angustia, la terrible incertidumbre, el mal trato, la venda que diariamente nos ajustaban, fueron soportables: gracias a que entre nosotras, desconocidas hasta entonces (salvo la madre y la hija) creamos fuertes vínculos solidarios y un cariño que aún mantenemos vivo. Recuerdo que llegó

el día de la madre y en el fondo todas teníamos esperanzas de que nos liberaran. Nada pasó, pero en cambio trasladaron al penal a tres compañeras y a la restante y a mí nos separaron. A ella la pusieron en una celda individual, a la izquierda de la cuadra, y a mi me dejaron sola en la cuadra. Un par de días después la trasladaron al penal, y por unos diez días permanecí sola en la cuadra. Bueno, no tan sola. Cuando me agachaba en la letrina, salían entre mis piernas unas ratas enormes, realmente ratas de albañal!! Parece que les caí simpática: de noche se asomaban e iban hasta cerca de mi colchón, que estaba en el suelo, debajo de una lamparita prendida las 24 horas. Pero no voy a abundar en relatos personales ya que quiero mostrar un panorama general.

La noche del 27 al 28 me sacaron a los empujones me subieron a un camión en el que ya había compañeros con las cabezas cubiertas por frazadas. Un guardia se sentó a mi lado y no pude intentar comunicarme. Fueron a la cárcel de encausados y luego a la UP1 del barrio San Martín de Cba. En la parte de adelante del penal estaba el pabellón de hombres, al fondo, en una construcción nueva, no aprobada por la Cruz Roja construida por una arquitecta, estábamos las 60 mujeres-número casi constante ese año, ya que hubo libertades e ingresos) Cuando nos paramos frente a la reja del primer piso, no pude evitar el temblor que me sacudió: el pabellón tenía la misma disposición en T que el pabellón de Trelew donde masacraron a tantos/as compañeros/as.: Abrieron las rejas, y de allí a la primera celda a mano derecha, sin recibir ninguna indicación o advertencia.

El primer piso, igual que la planta baja, estaba ocupado por aproximadamente treinta presas, con igual régimen sin diferenciación de "tipo de conducta" de las presas. Las celdas eran individuales, con una especie de "nicho» en el que se ubicaba el colchón. Celda por medio el nicho era bajo, alternando en las otras con nichos altos, con una pequeña escalerita de caño empotrada a la pared-El fondo era el lugar de la ventana, de las de balancín que apenas se abría, de vidrios esmerilados de esos que tienen alambre en el medio que marca cuadraditos en toda la superficie. Entraba luz no se podía ver el callejón maloliente que nos separaba de un taller de cestería de los comunes. Debajo de la ventana, a 1,5 m del suelo, había una mesada de cemento chica y un banquito de latón fijo al piso. Le decíamos el escritorio, aunque no teníamos libros, ni lápices, ni papel ni correspondencia con nuestra familia. Debajo del escritorio había una lata de aceite de 5 litros para contener nuestras» necesidades fisiológicas". En la pared enfrente de la cucheta, una caja de luz con tapa de vidrio encerraba un tubo fluorescente o una bombita de luz encendidos toda la noche y con obligación de acostarse de modo que luz diera en la cara. La puerta era muy gruesa, revestida de latón pintada de un gris verdoso neutro, con una cavadura de unos 0,40 x 0,20 tipo pasa platos. Las treinta celdas se dividían en hileras iguales y enfrentadas, separadas por un pasillo embaldosado.

Dos veces al día salíamos al baño y a almorzar o cenar, según el horario. No teníamos visita de familiares, ni posibilidad de leer o escribir; tampoco autorización para manualidades; no salíamos al patio; no podíamos hablar de celda a celda. Soledad y silencio.

Los martes y viernes los familiares podían llevar al penal papel higiénico, o jabón, o dentífrico, o algodón. De vez en cuando, una prenda de ropa o sábanas o toallas frazadas. (Como se verá, entre la provisión de estos artículos de estricto mantenimiento y la limpieza que estaba a nuestro cargo, nos ganábamos el sustento....)Nos despertaban a las 7h,sacaban primero a las dos compañeras de la fajina del día(encargadas de limpiar baños, duchas, piletones, platos, ollas.)Luego del recuento tomábamos el desayuno (mate cocido con leche); a las 11 repartían dos pancitos chicos hechos en la panadería del penal, a veces un jarro de leche. A la tarde, a las 16 un jarro de mate cocido. El menú semanal era invariable, excepto que el 21 de junio cambiaban el salpicón por locro, cambio que regía hasta el 21 de septiembre en que volvía el salpicón. El resto, guisos carreros era invariablemente una sopa grasosa. A la noche, solo sopa con alguna verdura solitaria flotando. De fruta ni hablar.

Nos anotábamos para ir al dentista o al clínico, a quien le decíamos qué creíamos tener y qué remedio recetar nos. La receta la pasaban a los familiares, no faltaba más!!El "hospital" estaba en el centro del penal, frente a una placita cuidada por los comunes. Nos llevaban en fila, manos atrás, y nos paraban en la galería externa del hospital, de cara a la pared. En mi caso, tenía en ese momento hipoglucemia, por lo cual, cada quince días me mandaban un kilo de azúcar... irecetada!! Claro que en realidad usaba lo necesario cuando me bajaba la glucemia, y el resto se repartía. A una compañera de planta baja que había sido herida y estaba en sillas de ruedas le hacían pedir a su casa un tipo de piel para hacer injertos que era sumamente cara. No resultaba el injerto, pero insistían. Finalmente anularon el pedido cuando la familia había gastado inútilmente mucho dinero. Esta compañera era cuidada por las compañeras de planta baja, tenía su cama ortopédica en el llamado comedor del pabellón, ubicado en la barra chica de la T, y gracias a la solicitud de sus improvisadas enfermeras, pudo sobrellevar el encierro en estas condiciones.

El 24 de noviembre de 1977 a las 6.30, aproximadamente-estábamos de fajina con una compañera, (para realizarla nos hacían levantar a las 6 de la mañana) cuando sentimos un ruido ronco, fuerte y subterráneo, un trueno pero mucho más profundo en su resonar. Y de inmediato hubo un "jarreo espontáneo" Los jarros de aluminio puestos en las rejas que daban a la "lorera"(el lugar de las celadoras), comenzaron a agitarse violentamente, lo mismo que los dos mesones de gruesa chapa donde comíamos, y los bancos largos puestos sobre ellos para limpiar. El piso del pasillo ondulaba, como el mar, esa era la sensación. Las bichas huyeron a planta baja y de allí al exterior. Y dejaron sesenta mujeres encerradas en sus celdas, que

podieron ser trampas mortales. Con mi compañera nos fuimos hasta el dintel de la puerta del baño, y de pronto le dije: corre por el pasillo asomándote al pasa platos de cada celda, llámame a cada una por su nombre, que te vean, que sepan que no están solas. Yo arranco desde la celda del medio, vos hacelo desde el comienzo. Vamos!! Nunca olvidaré el rostro del pánico, que en cada una tuvo una fisonomía diferente. Las había paradas duras, con la mirada extraviada, tomadas de la escalerilla de la cucheta; las que lloraban a los gritos; las que me puteaban como si yo fuera la bicha; las que llamaban a sus madres; las que estaban tiradas en las camas en posición fetal. Mi recuerdo es borroso, no por el tiempo sino que también yo lloraba como loca. Hacia las 9 de la mañana, después que nos habían abierto las puertas y dejado circular por el pasillo, conseguimos que viniera el Jefe de Seguridad que ordenó que las puertas quedaran sin llave y que al sentir un remesón, nos bajarán al patio. Después supimos que a las bichas las habían sancionado, porque según nos comentaba una compañera abogada, no podían abandonar la guardia bajo ninguna circunstancia, y en esta en particular, los mecanismos de las cerraduras pueden trabarse, con las consecuencias imaginables. El espectáculo del temblor fue dantesco, y los comunes, desde el callejón gritaban que nos dejaran salir. A los compañeros los habían bajado al patio: en toda la cárcel las únicas que quedamos adentro fuimos nosotras. El "comedor" se rajó horizontalmente, una compañera arquitecta explicaba que las rajaduras horizontales eran más peligrosas que las otras. No recuerdo la razón, sólo sé que pasábamos frente a la rajadura y la mirábamos con inquietud (bueno, por un tiempo...)

Pero si bien nuestro ánimo tardó en volver a su cauce "normal", también es cierto que sacamos tajada de la cuestión. Al menor temblor todas gritábamos, nos sacaban al patio y podíamos hablar con las chicas de planta baja. También al quedar las puertas sin llave durante las 24 horas (no recuerdo cuánto tiempo), las cerraban y nosotras de a poco, milímetro a milímetro, las fuimos abriendo. Y con gran algazara, llevamos los tarros de aceite a la picita donde se guardaba el tarro de la basura, y diciendo permiso celadora, nos íbamos al baño.

El 24 de diciembre de 1977 tuvo lugar la única visita anual. La vigilia fue tensa, nadie sabía si tendría visita, sobre todo las que habíamos llegado hacía poco tiempo. El año anterior habían dejado entrar pan dulce, turrónes, etc., y aunque eso no era lo principal, también despertaba expectativas.

A las compañeras que tenían familiares en el pabellón de los varones, las sacaron más temprano y las llevaron a un salón donde tendrían la visita en común. Todas nos habíamos arreglado esmeradamente el pelo, y con pedacitos de papel rojo levantado del patio, nos pintamos los cachetes. Un poquito de carbonilla, que recogimos junto con el papel- funcionó como sombra precaria. Nos sentíamos lindísimas, hoy creo que estábamos patéticas aunque

nuestros familiares juraran que nos veían tan bien...!!! Y el comedor, qué decorado!!Cancanes de colores formando guirnaldas, pegados a la pared con engrudo de miga de pan, dibujando el contorno de un árbol de navidad. Un pesebre de muñecos de miga de pan que llevaron los niños, pero que las celadoras les arrancaron. Cuenta mi familia que me hija gritaba aferrando sus "regalitos", ¡es mío, me lo hizo mi mamita mía, es mío! Que cuando la celadora le fue a sacar los muñequitos, el pañuelito, le mordió la mano. Y uno se pregunta, ¿qué podía contener un muñeco de esas características? ¿Qué teníamos para enviar fuera del penal si ni siquiera teníamos lápiz y papel?

Creo que de las 15 de nuestro piso, sólo tres no tuvieron visita. Pero poniendo la mejor de las caras, se ocuparon de nuestros hijos para que pudiéramos hablar tranquilos. No dejaron entrar nada, y pretendieron que los familiares dejaran los paquetes en la guardia. ¡De ninguna manera! Bien sabían que so pretexto de requisar iban a robar, así que se fueron a un bar cercano allí sí dejaron esas tortas hechas con amor, esos panes dulces de la receta familiar, todo aquello en lo que habían puesto el cariño más grande, que iba a ser más que la masa-lo que nos iba a alimentar. Dos camiones de Cruz Roja, cargados de cosas, dieron la vuelta y se retiraron. Tampoco ese envío llegó.

A fines de febrero trajeron de rehenes compañeras y compañeros de distintas cárceles. Los amenazaron en el Campo de la Ribera, que si por la conmemoración del operativo independencia había cualquier atentado, los matarían. Luego los trasladaron a la UP1, tres compañeras fueron destinadas a nuestro piso. Allí con ellas empezamos a "dibujar en la imaginación" cómo era Devoto. Había visita en locutorio, se podía escribir, de vez en cuando, patio; había libros y...chocolate y cigarrillos!!!Es cierto que el locutorio es monstruoso, pero para quienes estábamos sometidas a un régimen tan duro, para quienes sólo había una hora de visita al año, esto parecía apetecible.

En marzo llegó un grupo de compañeras procedentes de la Ribera. Entre ellas una embarazada que fue sacada a dar a luz en la maternidad provincial y luego, antes que entregaran su bebé a sus padres (y si lo hicieron), pasó una semana con su madre y con nosotras. Su presencia fue un bálsamo, y hasta hubo manos habilidosas que con aguja de crochet hecha en un cepillo de dientes y desatando una prenda usada, hicieron primorosas batitas.

El año 78 se arrastraba lento. Algunas libertades con cuentagotas. Algunos ingresos. Y el resto, monotonía e incertidumbre que cada vez calaba más hondo.

Un día hicieron "calesita", como diríamos más tarde en Devoto. Fuimos a parar al segundo piso, hasta entonces desierto y resguardado para los días de castigo. Mezclaron gente de ambos pisos, redistribuyeron en los dos últimos pisos y a planta baja llevaron al grupo trasladado desde Río IV para someterlos a la fantochada de un Consejo de Guerra. Mientras estaban allí, nos

comunicábamos con “la brujería”, o sea, con morse!!Las fagineras hacían mucho ruido para limpiar y todas charlábamos como cotorras. Ya para entonces nos dejaban circular por el pabellón y bajábamos al patio dos veces por semana. El régimen se había “aflojado” un tanto...pero no demasiado. Durante ese año, tres veces que o recuerde, sacaron compañeras del penal para interrogarlas afuera. Y si quien era llevada tenía “paquete” de los familiares (cuya entrega era martes y viernes), no les decían nada y el paquete lo recibían. Y si recibían paquetes, también nos robaban: cuando ingresé me quitaron reloj, alianza y un anillo de mi madre que luego vi en la mano de una celadora.

Estando el traslado de Río IV en planta baja, fue el mundial de fútbol. Por supuesto que las celadoras no dejaron escuchar la radio, pero como sabíamos que los muchachos del traslado querían enterarse, hacíamos una cadena desde la reja hasta la primera ventana, como en los incendios: la primera, de buen oído, atendía lo que se alcanzaba a escuchar de la lorera, lo decía a la siguiente así sucesivamente. En la primera celda, o estaba junto a la ventana, porque según mis compañeras yo tenía “jeta e’peña”, lo que diría equivale a voz de docente!!Nunca me interesó el fútbol, pero repetía como loro: avanza fulano, la pasa a mengano, la pelota sale de la cancha....y cuando había un gol, el piso bajo parecía un eco, porque claro, la información llegaba en diferido. Fue un partido, después se avivaron y no pudimos hacerlo más.

Creo que fue en mayo que nos llegó la información (de las compañeras de abajo, supongo, nadie preguntaba de dónde ni cómo) que entraría la Cruz Roja al penal y que habría entrevistas. Se decidió entonces preparar una serie de “informes» una abogada se encargó de armar un informe sobre las situaciones legales-ilegales de las presas. Una enfermera de hablar de las condiciones de vida. Este informe se complementaba con el de una arquitecta que relevó las condiciones edilicias, incluyendo la rajadura producto del temblor... Como no había sicólogas, por aproximación (soy licenciada en Educación), me encargaron un informe de condiciones psicológicas de las presas. Cuando bajábamos al patio, con mil artimañas, nos comunicábamos con las compañeras de planta baja (ya había acabado el tribunal de guerra y las compañeras/os habían sido distribuidos en los pabellones, ocasión que aprovecharon para otra “calesita” que nos devolvió a planta baja y primer piso).En esas rápidas conversaciones con las compañeras de planta baja les contábamos la estructura de los informes. Ellas armaron los propios nos aportaron sus perspectivas para cada caso. Se resolvió que todas aprendiéramos Todo, por lo menos en sus generalidades, por si no nos llamaban a todas.

De los informes no recuerdo la parte legal: había números de casos de PEN sin causa; de consejos de guerra con sus fechas; de compañeras traídas de Devoto, en fin, todas las irregularidades del mundo. Desde el punto de vista edilicio, nos enteramos que el

metraje cúbico de las celdas no garantizaba el oxígeno suficiente; que la luz de los tubos fluorescentes prendidos en las cajas de las celdas causaba un efecto "estraboscópico" que dañaba la vista. La enfermera habló de la comida del no tratamiento de diversas enfermedades que padecíamos. Había compañeras que tenían pequeños nódulos en los pechos, otras diabéticas etc. Por mi parte, sufrí una "amenorrea de guerra"-según me enteré luego que se llamaba: dejé de menstruar estando en la Ribera volví a hacerlo recién en la primera visita de locutorio en Devoto, un año después. Había quienes sufrían caída del cabello, dolores de huesos articulaciones, en fin. También se describió el régimen de comidas, el ocio forzado. Hablé mucho con las compañeras para tratar de trazar un panorama "psicológico", pero me sentía como "mono con navaja": hasta dónde estaba en condiciones, no solo por conocimientos, sino por mi propio estado para hacer una descripción? Recuerdo que hablé de algo que llamé "viscosidad mental", refiriéndome a que costaba memorizar algo que aún los recuerdos se volvían "resbaladizos", que nos costaba mucho fijar la atención. También informamos de posiciones fetales nocturnas, risas agudas como chillidos en algunas circunstancias, de ciertos desvaríos. Y que el tiempo era todo presente: importaba pasar el día, que luego caía en una especie de masa temporal, donde ubicar qué había ocurrido en un mes o en otro, en una semana u otra, era muy difícil. Está bien que relato esto veintiséis años después, pero me cuesta ubicar en qué mes llegó la Cruz Roja...y soy memoriosa. Preparamos también "huesitos", es decir, huesos de vacuno o de ovino que venían en la comida, que rompíamos en las puerta y pulíamos durante largas horas con restos de vidrios de bombitas-que nos encargábamos de romper-, o frotándolos contra el cemento junto a la ventana del "escritorio".Luego pedíamos carbón por una supuesta diarrea, lo pasábamos húmedo sobre la superficie pulida, y en esa "pizarra", dibujábamos con un alfiler. Venía luego el hacer el sobre relieve o el bajo relieve. He visto huesos preciosos, para llaveros, medallones, etc. Llevaríamos algunos ocultos para entregarlos como testimonio de nuestra "existencia" de nuestras tareas.

Y llegó el día. Nos llamaron, durante la mañana la tarde, a todas. Me tocó un suizo que pese a sus esfuerzos por parecer neutral, norma tan helvética, mostraba en sus ojos pena y estupor. Cuando empezábamos a dar los informes, nos decían: eso ya fue denunciado. Entonces, en mi caso, corté por lo sano y le dije: yo me ocupé de lo psicológico, déjeme que le de detalles. Dábamos la dirección de nuestras familias y exigíamos trato digno, justicia y nuestra libertad. Supongo que creyeron que estábamos más locas que lo que en realidad estábamos. No llorábamos, denunciábamos pese a la presencia en la oficina de guardia cárceles. Dábamos nombres o apodos de captores y torturadores, describíamos torturas, hablamos de las compañeras y compañeros sacados a fusilar en el '76, de los

que fueron muertos dentro de la cárcel. Dicen que las mujeres somos charlatanas: esto no fue comadreo de barrio, precisamente.

La mejora de la comida fue leve, entraron cigarrillos, mejoró-no mucho-el trato. Pero a nos habían dicho que nos llevarían a Devoto, y comenzaron la espera y los sueños.

Con el relajamiento de la disciplina comenzaron las transgresiones más insólitas "llegó" una radio; un espejo de mano, en el fondo de las ollas paquetes con queso o caramelos, yerba, mate y bombilla (alguna aventajada alumna de física o una habilidosa hogareña sacó cables de una celda vacía, de la caja de la que hablé, e improvisó un calentador para el agua, puesta en una ensaladera: nunca tomamos mates más ricos que aquellos!) Había "correspondencia" fluida con los compañeros, y hasta...diarios del día!!! Claro que hacerlos desaparecer era un trabajo más pesado que los de Hércules!! Y ni cuento esconder semejante cantidad de cosas! También nos preparamos para el encuentro-bueno, vidrio mediante-con los hijos. Hicimos grupos de "cuentos" describíamos las características de los niños de distintas edades, buscábamos temas, armábamos cuentos en grupos o individualmente Y...mandábamos las "lecciones" a los compañeros en discretos rollitos envueltos en nylon en fondos de ollas. Los que, nos mandaban las "vituellas" eran los compañeros, los que transportaban la correspondencia" eran los comunes, que muchas veces se arriesgaron por nosotras hasta recibieron castigo .Creo que todas guardamos un gran recuerdo de ellos por la solidaridad que demostraron. La sociedad los castigó por delinquir-o no-, pero fueron humanos, no como los "señores" de entorchados y jinetas que no guardaron un miligramo de su condición humana.

Para el 9 de julio, preparamos un festejo que, después de discusiones arduas, se concluyó en que se iniciaría cantando el himno a la hora que nos repartieran cascarilla y "chipacos" de desayuno. Para qué! Las bichas se enloquecieron tratando que calláramos llamaron al jefe de guardia. No entendíamos nada!! Hasta que nos dijeron que no podíamos cantar el himno porque éramos APATRIDAS!!! Caracoles, nosotras que no lo sabíamos!! Pese a eso, después del almuerzo (un locro) bailamos un pericón con improvisados vestidos, pantalones, trenzas y bigotes para los "damos". La orquesta eran tachos de aceite vueltos al revés para percutir, toc-toc de palo de escobas y jarros con piedritas... más el coro que acompañando con palmas cantó el pericón. Cómo nos reímos! Porque pese a todo, al humor y la creatividad no consiguieron arrancarlos, sabíamos que eran parte de nuestra subsistencia," armas" para pelearla.

Para el Día del Niño, iniciamos una campaña previa para conseguir visita con los hijos. No hubo manera. Resolvimos festejar igual. Decoramos el comedor como para Navidad. Preparamos cuentos cantados y bailados, carta leída por voz en off recordando el mito de Pandora y diciendo que en la caja quedaba la esperanza, y

que esa eran ellos, nuestros hijos. Nos abrazamos, tragamos lágrimas y con risas...tomamos el mate cocido grasiento y tibio de todos los días. Las bichas estaban azoradas. Nosotras, orgullosas aunque a la noche, bajo las almohadas lloramos lágrimas amargas.

Corrió el tiempo y llegó el traslado. Unas pocas quedaron, y una de ellas, a las cinco de la mañana cantó "Cuando un amigo se va".Nos vendaron, nos llevaron a un campo de aviación, no nos dieron de comer, nos esposaron a unos bancos en el avión y partimos. Claro, no las teníamos todas con nosotras, no sabíamos si llegaríamos a Devoto o al fondo de un lago o el mar. Ya sabíamos de los vuelos de la muerte. Finalmente, poco antes de las diez, estábamos en las celdas, abrazadas con las compañeras.

Comenzaba el 28 de octubre, Devoto. Pero esa es otra historia, esta que contamos entre todas.

Susana Barco